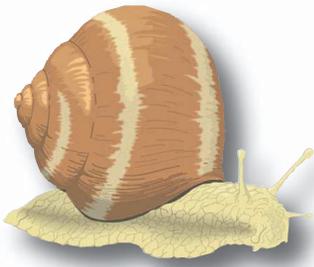


Los caracoles andantes



Ricardo M^a Salaverría Olaizola

Hace poco más de dos meses que me han *depositado*, –¿por qué no decir *encerrado*?–, en esta residencia de ancianos.

Sé que mis tres hijas van diciendo por ahí, cada una con su excusa elaborada, que aunque quisieran ya no podrían atenderme en mi casa y que por ello han decidido, y en esto se han puesto rápidamente de acuerdo, que lo más beneficioso para todos, –sobre todo para ellas–, sería mi reclusión en esta magnífica cárcel.

–*¡Con calefacción y libros, aita! ¡No te quejarás!*

–*¡Qué cara!*

De momento, ni me he hundido, ni me he transformado en vegetal; aunque ya empiezan a hacerseme insufribles las avalanchas de sus visitas forzadas y obligadas en días festivos. Vienen en parejas con la consigna de “*hacerme pasar un buen rato*”, es decir, a estropearme la tarde con sus conversaciones desafortunadas.

Por mucho que me visiten, no les descubriré mi secreto: he conseguido trabar una amistad ilusionante con la que se sienta junto a la ventana soleada de la cafetería del centro, una castellana simpática con la que coincido diariamente para tomar un aperitivo o un café.

Con ella no me aburro.

¡Me cuenta unas historias antiguas, de las que ahora denominan *góticas*!

I

En nuestro pueblo, como en tantos otros de la comarca, nunca faltaron unos cuantos tontos o lelos, casi todos inofensivos y muy babosos.

El más torcido de todos era el hijo de la Silveria.

Las chicas le teníamos mucha prevención y más de una vez le estampamos con un par de sopapos sus mocos en la cara porque, el muy cerdo, tonto tonto, en cuanto nos descuidábamos nos metía su mano debajo de la enagua.

Del resto de tontos, había cuatro o cinco más, los que nos creíamos espabilados no teníamos compasión alguna y la gente los mantenía como chivos expiatorios para cualquier desgracia natural o provocada que sobreviniera en el pueblo.

¡¡Que ha prendido el fuego en el pajar de Edelmiro!!

La culpa se la cargaba el primer tonto infeliz que asomara su jeta bobalicona por el arco de la pequeña muralla del pueblo.

Así, todos dormíamos tranquilos y en paz, sin policías ni alguaciles.

Había una chica que no era exactamente tonta sino más bien simplona, a la que tampoco la dejaban en paz.

Aunque era alta, muy guapa, y tenía las carnes prietas, eso sí, era un poco *sin sustancia*.

En cuanto ella pisaba la calle se oía el rezongar de los hombrones que, disimulados en la penumbra de cualquier establo o portal, remordían sus ganas de *echarle un polvo* a la simplona.

–¡Ahí viene la Martina Saleros, que la pica la tarrañuela! (castañuela). ¡Quién la pillara a solas!

A la pobre Martina Saleros, que de familia venía apellidada como Salinas, Martina Salinas, los vecinos no le dejábamos en paz ni su apellido.

Eso sí, para mí que le faltaba un hervor.

A pesar de ello, a los hombres los desquiciaba por lo guapa y prieta.



—*¡Está mucho buena!*, mascullaban aquellos rijosos.

Un hermano nuestro anduvo unos meses como *medio novio* de la Martina Saleros y durante varias tardes de domingo fardó y se hizo envidiar paseando con ella por las eras cercanas y por las cuatro calles del pueblo.

Pero no llegaron a nada, porque ya te he dicho que ella realmente era una *sin sustancia*.

Al tiempo, Martina se marchó a Burgos como ama de cura y, por lo que supimos, no se casó jamás.

Tonta, tonta, no era tonta; pero era una *sin sustancia*.

Y, al tiempo, no me preguntes cómo ni por qué, llegó a ser madrina de bautizo de dos de mis hermanos pequeños.

Parece que alguien la apreciaba en nuestra casa.

Lo que nunca se supo, secreto de confesionario, fue si el cura de Burgos pretendió aliviar el picor de la *tarrañuela* de Martina Salinas.

En tiempos fue el comentario rijoso más repetido, una matraca, entre los hombrones de la taberna que apostaban a favor del alivio bendito del famoso picor, remedio que ellos hubieran ofrecido gratis.



¡Aguárdate! ¡*La Mondorro!*... Aquella tenía por nombre Visi, de Visitación

¡Con ella tuvimos unas historias!

Mi segundo hermano se la echó de novia y cuando lo supo mi padre se cabreó, paró en seco al chico y le conminó:

—*¡Julián, no quiero que andes con la Mondorro, que es muy cerda! Que de lo cocinado por esa guarra no se pueden comer ni los huevos cocidos...*

—*Padre, que la familia de la chica tiene tierras y muchas piezas de labrantío... ¡Mírelo por ese lado bueno!*, replicaba el chico, un tanto esperanzado en picarle al padre por el interés.

—*¡Que no, cojones; ¡Que para cargarse con una cerda como ésa, ya tengo media docena de ellas en la pocilga! ¿Para qué quiero una más, cuitado?*

Salustiano era el padrastro de la *Mondorro* y cuando fue enterado por su hijastra de que su novio últimamente rehusaba acompañarla, salió a la calle, se topó con mi hermano y amenazó al chico con dejarle tieso de un cachavazo si despreciaba a la moza y la dejaba en feo, para vestir santos, delante de la gente del pueblo.

Nuestro padre, hombre de genio fuerte e incapaz de aguantar una amenaza directa como aquella

contra su hijo, se armó con una estaca y salió por el pueblo en busca de Salustiano.

Éste, cuando le avisaron de la ronda del padre del *misacantano*, se encerró en su casa y no se dejó ver por la calle durante varios días.

Nuestro padre, pertinaz y terco, se apostó junto a un pequeño arco de la muralla y aguardó horas y días, amagando por bajinis:

—*Si quieres salir a trabajar a tu finca, cabrón, no te queda más remedio que pasar por aquí...*

Hasta que, al fin, Salustiano asomó su jeta acojonada.

Cuando vio a nuestro padre terne en el arco, se arrodilló ante él y prometió olvidarse de la cachava y de las amenazas al hijo.

Nuestro padre le apostrofó:

—*¡Levanta, Salustiano, y a ver si te aclaras! Que soy yo, el padre, el que no quiere que ande mi chaval con tu chica, que mi hijo siempre tendrá tiempo para cargarse de por vida con una cerda como tu hija...*

Pasados los años, la *Mondorro*, paradojas de la vida, llegó a regentar una fonda en el pueblo y tuvo pupilos, *apupilos* decían, en su casa.

Dicen que cuando aprestaba los platos a la mesa, la muy cerda, los colocaba, tal cual, con las bases ciscadas de grasa y restos de comidas previas, pues la *Mondorro* consideraba suficiente limpiar con la mano sólo la parte superior del plato, la visible para el comensal.

No le faltaban razones a nuestro padre, no.



Mi otro hermano, el tercero de ocho, tuvo de novia a la Humilda.

Un día, sería domingo por la tarde, iban paseando ambos por una vereda hacia el cercano pueblecito de B., cuando les atacó un perro que hizo presa en las nalgas de mi hermano y le rasgó el pantalón.

La Humilda, sin reponerse del susto, le recosió como pudo el pantalón desgarrado.

Cuando nuestro hermano llegó a casa y nos enseñó a todos el pantalón, reventamos a reír al ver aquellos costurones, llamados "*culos de pollo*", que le había apañado de mala manera la Humilda.

Al poco se dejaron...

... y a los años la Humilda se casó con el barquillero.

Uno de aquellos barquilleros que iban por los pueblos en bicicleta los días de fiesta con un bidón metálico, color rojo intenso, sujeto a la espalda con una correa ancha y con una ruleta en la tapa del bidón.

El negocio siempre lo llevaba a cuestras.

Por su parte, nuestro padre siempre se jactó, mientras la trabajó, de los frutos de su huerta.

Aseguraba que en el interior de los pimientos de su terreno cabría un litro de agua, y por ahí le andaría sin exagerar mucho. Además, todos los años solía esconder cuidadosamente en un ribazo unas docenas de caracoles para que fueran purgándose, antes de fiestas.

Aquella noche, durante la cena, entre vaso y vaso, nuestro padre alardeó, una vez más, de sus imponentes pimientos verdes y rojos:

–“¡Qué hermosos y qué sabrosos me han salido los pimientos este año! ¡Parecen melones! ¡No los hay mejores de aquí a Puente!”

A la mañana siguiente se acercó, como todos los días, a su preciada huerta y quedó demudado:

–“¡Me han robado todos los pimientos y los caracoles purgados! ¡La madre que le parió... la madre del hijo de puta que haya sido!”

Inspeccionó detenidamente los ribazos, hoyos, matas y zarzales del entorno y a los pocos pasos topó con el cuerpo del delito:

–“A la vista está quién ha sido el cabrón que me ha robado los pimientos y los caracoles: ¡El barquillero! ¡Ése cara de rastrojo!

El muy cabrón ha vaciado los barquillos junto al riachuelo y ha llenado el bidón rojo con mis pimientos verdes y los caracoles purgados.

¡Joder, con el marido de la Humilda! ¡Si le pillo, lo mato!”

IV

Nuestro hermano mayor era el más alto, más guapo y más listo.

Decían que se le notaba a la legua que había estudiado unos pocos años en un seminario de frailes; aunque luego se cansó de los hábitos y lo dejó, pero ya sin “*el pelo de la dehesa*” que revestía a las gentes del pueblo.

Cuando volvió a casa, el médico, Don Juan, que asimismo era jefe de la Falange y alternaba en sus manos el pistolón del cinto con el estetoscopio de madera, lo fue enredando con diversas promesas de trabajo y hasta le propuso

para secretario del ayuntamiento porque sabía leer, escribir y llevar las cuentas.

Don Juan, al fin, consiguió que mi hermano se hiciera falangista de su centuria.

Eran los años previos a la guerra civil española de 1936.

Un mal día marchó al frente de no sé dónde..., que nosotros poco sabíamos de geografía y en casa no teníamos un mapa.

De aquella aventura lo único que sacó en limpio mi hermano fue un tiro en la cabeza. Una bala perdida lo dejó inerte en algún lugar de Aragón, durante la batalla del Ebro.

Nos lo comunicó el alcalde.

Nosotros nunca vimos su cuerpo y tampoco sabemos dónde quedó enterrado. Yo entonces era pequeña, pero recuerdo cómo los mayores discutían en la cocina del asunto, de ir a recuperar o no el cuerpo de mi hermano.

En casa se pensó que las indagaciones iban a costar mucho dinero y cuánto mejor era que sus restos descansaran en paz.



¡Todo sea que ahora, después de tantos años, los vaya a remover algún interesado coleccionista de huevos y de viejas historias manipuladas!

Mi amiga castellana, me reservo su nombre, con los ojos brillantados por la nostalgia, habla y apura el vermú, se come la aceituna, deposita la pita en el platillo y no deja de mirar solícita el reloj de la cafetería por si nos toca ir al comedor, a los dos.

Por cierto, la castellana tiene unos preciosos ojos gatunos que me empiezan a turbar. Además, parece inteligente.

Intentaremos comer los dos en una mesa, junto a la ventana soleada.

Espero que Leyre, la cuidadora rubia que está hoy a cargo del comedor nos permita alejarnos un poco de esa cuadrilla de balbucientes que regüeldan a todas horas y nos rodean por todas partes, como a una isla las aguas del mar.

¡Y a mis hijas les van a ir dando cera! ■

